



REUTERS

Escenario actual

Constituyente y realidad: dos conceptos a contravía

Piero Trepiccione*

El descontento está en plena ejecución. Las protestas de abril y mayo lo demuestran. Ante este panorama el Gobierno lanza una Asamblea Nacional Constituyente que muchos consideran "absolutamente innecesaria" en este momento-cumbre del país

Desde que la fiscal general de la República anunciara una "ruptura del orden constitucional" a propósito de dos polémicas sentencias del Tribunal Supremo de Justicia, apenas comenzando el mes de abril de este año, las protestas resurgieron con mucha fuerza no solo en la Gran Caracas, sino en muchas ciudades del país que se sumaron inmediatamente a la misma. Desde finales de 2016 hubo un enfriamiento considerable de este fenómeno en virtud de la enorme decepción que sintieron los sectores opositores y descontentos en general por el proceso de diálogo llevado a cabo en el último trimestre que no arrojó los resultados esperados. El país había observado que su opinión pública se había deslizado considerablemente en sus variables.

La Mesa de la Unidad Democrática (MUD) que había capitalizado el apoyo popular de los venezolanos por amplia mayoría desde finales de 2015 y que le permitió obtener un éxito rotundo en las elecciones parlamentarias de diciembre



Luisa Ortega Díaz, fiscal general.

EL NUEVO PAÍS

de ese año, se debilitó dándole paso nuevamente a un crecimiento exponencial de las filas de los no alineados y a una recuperación de unos diez puntos porcentuales aproximadamente al presidente Nicolás Maduro y al propio Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). En paralelo, el avance de la crisis económica y el crecimiento sostenido de la inflación crearon, durante el primer trimestre de 2017, una desmovilización de las protestas enfocadas hacia el tema político. Sin embargo, en ese clima de desesperanza de la población, bastaron las declaraciones de Luisa Ortega Díaz para que se desataran las protestas y el país nuevamente se viera sacudido por las movilizaciones.

PROTESTAS VS. ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE

Abril y mayo han sido meses donde se han juntado algunas variables importantes. La primera de ellas es la actitud de la fiscal general. Con sus declaraciones le ha devuelto la esperanza al país de un “re-equilibrio” de los poderes públicos enfocados hacia un funcionamiento más autónomo y menos dependiente del Ejecutivo nacional. Segundo, el liderazgo de la protesta ha estado concentrado en los jóvenes y los diputados de la Asamblea Nacional que han dado la cara reconectándose con la opinión pública al enfrentar la dura represión a la cual han sido sometidos. Tercero y no menos importante, ha sido el manejo unitario y estratégico que los líderes de la MUD y los partidos de la oposición en general le han incorporado a sus posiciones para recuperar un espacio que se había debilitado sobremedida. Por último, la agudización de la crisis económica sin que el país perciba un cambio de timón en el modelo para eventualmente contrarrestarla, han creado una ola de descontento concentrado en la figura del primer mandatario cuyas consecuencias hoy en día las estamos viendo en plena ejecución.

Frente a ello, el primer mandatario nacional lanza la propuesta de una nueva Asamblea Nacional Constituyente. Algo que había sido bandera de algunos sectores opositores que desde hacía meses venían haciendo el planteamiento para poder viabilizar una salida política al conflicto venezolano. Repentinamente cambia de promotor. Pero para sorpresa de muchos, con un esquema absolutamente novedoso. Una constituyente sectorial y territorial que incorpora al llamado poder popular en elecciones de segundo grado para iniciar “una transformación del Estado” y la mejor manera de “conseguir la paz” en palabras de Nicolás Maduro Moros.

Pero más allá del cuestionamiento que la sociedad entera se esté haciendo sobre las bases comiciales, el debate ronda sobre la inutilidad de este mecanismo frente a la coyuntura política y económica actual. Las primeras mediciones que han aparecido luego de la propuesta dan cuenta de un rechazo generalizado a la misma. Alrededor del ochenta por ciento y un poco más de la población no está de acuerdo y la considera “absolutamente innecesaria” en este momento-cumbre del país.

Tenemos entonces un escenario donde la propuesta constituyente va por un lado y la realidad cotidiana de la gente va por el otro. No existe ninguna conexión entre ambas. Esto, en lugar de ser una “herramienta para la paz” es prácticamente lo contrario. Es una forma de instaurar una especie de “apartheid político” donde alrededor del veinte por ciento de la población fijaría las bases de un nuevo Estado dejando de lado la opinión del resto ampliamente mayoritario de la población.

Cuáles podrían ser las consecuencias para un país donde la violencia política, aun cuando ha sido minoritaria, ha venido creciendo sostenidamente en las últimas semanas. Indudablemente que el escenario más probable en este marco propositivo oficial tenderá hacia estadios de mayor conflictividad vista la negativa de quienes ostentan actualmente el poder, de aferrarse irrespetando olímpicamente el deseo mayoritario de acudir a elecciones universales, directas y secretas para viabilizar el cambio político necesario.

REESTABLECER LA CONFIANZA

Estos últimos días se han caracterizado por estar llenos de acontecimientos en Venezuela. Las presiones desde la polarización y la severa crisis económica que atravesamos han resultado en un reavivamiento de la violencia en el frente político-social. No existe duda que estamos en una especie de momento-cumbre donde el destino del país está en juego, y de acuerdo al enfoque que se maneje desde el liderazgo las consecuencias pueden impactar las expectativas de la gente a corto, mediano y largo plazo.

Venezuela es el centro de atención continental y más allá. Hay un desgaste importante de la gestión presidencial hacia donde apuntan las mayores responsabilidades que la sociedad venezolana está calificando en estas circunstancias. Este fenómeno en particular debe ser visto con mucha profundidad para facilitar y viabilizar cualquier proceso político que pretenda intentar solucionar la actual coyuntura.

El liderazgo político venezolano tiene una enorme responsabilidad en este momento-cumbre. No intentar actuar apegados a la “voluntad general” tal como lo señalaba Rousseau, es una conducta suicida con implicaciones para toda la sociedad. El restablecimiento de la confianza debe ser el norte de actuación en esta hora crucial. Hay muchos “managers de tribuna” que están empujando hacia una dirección netamente guerrillista. Los actores de la prudencia deben actuar inmediatamente aún en las condiciones más duras de ataques de la opinión pública vía redes sociales. La historia, no en el lejano plazo sino en lo inmediato, les va a premiar esa conducta racional contraria a una estrategia sin dirección ejecutiva.

Los intentos por incentivar la violencia política en términos masivos en el país han sido múltiples, especialmente en las últimas semanas. Creo oportuno recordar lo que vivió Centroamérica en la década de los ochenta como para que las voces de la síntesis que, evidentemente son amplia mayoría aún en Venezuela, se impongan frente a los códigos de guerra que se envían en términos discursivos y también en las actuaciones de grupos paramilitares urbanos.

PRESIÓN POPULAR

La dialéctica se ha activado. Frente al inmovilismo dogmático, la fuerza social está empujando rápidamente a los actores políticos a entablar un proceso de negociación con transparencia y resultados inmediatos. La presión popular ha ido en aumento sostenidamente. Las señales las apreciamos todos los días y en todo el país. Todo a nuestro alrededor nos muestra el amplio deseo de cambio que tiene la gente en Venezuela. El foco continental está concentrado en lo que ocurre acá. Cualquier escalada de violencia política impactaría no solo a los venezolanos, sino a los países vecinos en una medida superior inclusive a la que generó la Centroamérica de los ochenta. Aun en medio de los insultos y las negativas a dialogar que presenciamos a diario, la fuerza de la dialéctica está activada y cercana al punto de ebullición.

El liderazgo dogmático va a ser superado una vez más. Quienes sigan en posiciones cerradas se verán devorados por la exigencia de cambios. “El mundo se mueve” dijo alguna vez Galileo Galilei; parafraseándolo, podemos decir que hoy

en día: “Venezuela se está moviendo”. El aferramiento al poder y las señales claras que apuntan hacia el intento de masificación de la violencia política no pueden copar la agenda pública en unas circunstancias como las actuales.

La opinión pública venezolana ha marcado distancia severa con los sectores minoritarios promotores de violencia. La sociedad entera los ha condenado. Lo más probable es que quienes sigan en ese rol quedarán al desnudo ante una sociedad exhausta. La consecuencia inmediata de este fenómeno de la acentuación del dogmatismo en la acción política y el abordaje de la situación económica es la deslegitimación constante, abrupta y sobrevenida del liderazgo actual del país.

Las encuestas lo vienen reflejando hace algunos meses. No hay ya conexión popular ni respaldo masivo al liderazgo presidencial. Todo lo contrario. La gente cada día se alinea en torno a concentrar las responsabilidades de la situación-país en Nicolás Maduro a quien asocian con la parálisis económica que impacta el día a día de los venezolanos. A estas alturas, una constituyente no resolverá el problema. Hay que seguir el ejemplo británico y del resto de los países democráticos que adelantan elecciones presidenciales para facilitar procesos de transición política. Dejar en manos de la soberanía popular el destino hacia donde se deben dirigir los pasos de la Venezuela actual y del futuro.

Desde mi humilde visión, las condiciones graves por las que está atravesando Venezuela deben ser proclives para razonar ajedrecísticamente y promover un sacrificio certero de un actor fundamental para poder encausar una solución de alto nivel que desmonte rápidamente los escenarios de violencia. Este actor obviamente debe ser aquél que más repudio tenga de la sociedad venezolana, aquel que concentra el mayor cúmulo de asociatividad en el imaginario colectivo con la crisis que impacta la cotidianidad de la gente en una forma muy dura y sin precedentes históricos. Un movimiento de esta naturaleza facilitaría pasar a un estadio de negociación política que generaría amplia credibilidad, reacomodos institucionales y políticos cercanos a un ganar-ganar. Se reactivaría la confrontación por medios políticos-electorales y se oxigenaría la democracia venezolana. Está claro que la realidad no puede ser manejada a contravía. Es el peor error que puede ocurrir en el escenario actual de Venezuela.

*Coordinador general del Centro Gumilla Barquisimeto.